

Que bastante he murmurado
En lo que está criticado,

Ya lo veo;
Pero que mucho no pueda
Criticarse en lo que queda,

No lo creo.
Que la novia moza y linda
Al noble viejo se rinda,

Ya lo veo;
Pero que crea el barbon
Que ella rinde el corazon,
No lo creo.

Pero á mi ; qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.

Llora el jóven heredero
Del padre anciano la muerte,
Porque no dejó más fuerte
El talegon del dinero;
Pero mira, placentero,
La comitiva llorosa,
Que al cuerpo cantando está;

Pero á mi ; qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.

Aquel que en el coche ves
Mirar á todos con ceño
Dé gracias á un extremeño
Que hubo, por nombre Cortés;
Que si no, bien al reves
Su persona fastidiosa
Iria de lo que va;

Pero á mi ; qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.

Dicele la hermosa al viejo:
«Llega, dulce prenda mia,
¡Qué dichosa me creeria
Si tú fueras mi cortejo!»
Y él, á pesar del espejo,
A la niña mentirosa
Casi creyéndola está;
Pero á mi ; qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.

ANACREÓNTICAS.

Al pintor que me ha de retratar.

Discípulo de Apéles,
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro,
No me pongas ceñudo,
Con iracundos ojos,
En la diestra el estoque
De Toledo famoso,
Y en la siniestra el freno
De algun bélico monstruo,
Ardiente como el rayo,
Ligero como el soplo;
Ni en el pecho la insignia
Que en los siglos gloriosos
Alentaba á los nuestros,
Aterraba á los moros;
Ni cubras este cuerpo
Con militar adorno,
Metal de nuestras Indias,
Color azul y rojo;
Ni tampoco me pongas,
Con vanidad de docto,
Entre libros y planos,
Entre mapas y globos.
Reserva esta pintura
Para los nobles locos,
Que honores solicitan
En los siglos remotos;
A mí, que sólo aspiro
A vivir con reposo
De nuestra frágil vida
Estos instantes cortos,

DON JOSÉ CADALSO.

La quietud de mi pecho
Representa en mi rostro,
La alegría en la frente,
En mis labios el gozo.
Cifíeme la cabeza
Con tomillo oloroso,
Con amoroso mirto,
Con pámpano beodo;
El cabello esparcido,
Cubriéndome los hombros,
Y descubierto al aire
El pecho bondadoso;
En esta diestra un vaso
Muy grande, y lleno todo
De jerezano néctar
O de manchego mosto;
En la siniestra un tirso,
Que es bacanal adorno,
Y en postura de baile
El cuerpo chico y gordo,
O bien junto á mi Filis,
Con semblante amoroso,
Y en cadenas floridas
Prisionero dichoso.
Retrátame, te pido,
De este sencilló modo,
Y no de otra manera,
Si tu pincel hermoso
Empleas, por capricho,
En este feo rostro.

Á la peligrosa enfermedad de Filis.

Si el cielo está sin luces,
El campo está sin flores,
Los pájaros no cantan,
Los arroyos no corren,
No saltan los corderos,
No bailan los pastores,
Los troncos no dan frutos,
Los ecos no responden...
Es que enfermó mi Filis
Y está suspenso el orbe.

Dime, dime, muchacho,
¿Cuántas veces te he dicho
Que me des de lo añejo
Cuando te pida vino?
Anoche, en vez de darme
Del viejo bueno tinto,
Me diste malo y nuevo,
Y pagué tu descuido.
Apénas me llenaste
Doce veces el vidrio
Con que suelo, contento,
Brindar á mis amigos,
Cuando cai de espaldas,
Perdidos los sentidos,
Haciendo de mí mofa
Las chicas y los chicos,
Y sin duda quedará
En el suelo tendido
A no tocarme Febo
Con sus rayos divinos,
Cuando de su carrera
Llegaba al medio fijo.
Dame, dame del viejo;
A ver si con su brio,
Y la luna, que sale,
Me sucede lo mismo.
Y si tal sucediere,
Muchacho, te permito
Que en adelante traigas,
Cuando yo pida vino,
Del nuevo ó bien del viejo,
Del blanco ó bien del tinto.

Á un amigo, sobre el consuelo que da
la poesia.

¡Mi dulcísimo amigo,
A ti y á mi quitarnos
Los versos con que alegres
Esta vida pasamos,
Era quitar la yerba
Al fresco y verde prado,
El curso al arroyuelo,
Y á las aves el canto.
Y porque algunos necios
Desprecian al Parnaso,
¡Al dios que nos inspira
Hemos de ser ingratos!
¿Acaso su desprecio
Equivale al regalo
Con que suelen las Musas
Venir á consolarnos?
¿Qué triunfos, qué victorias
Ensalzan al soldado,
Qué empleo al ambicioso,
Qué moneda al avaro,
Como al ardiente pecho
Del poeta inspirado,
Cuando lleno se siente
Del dios del Pindo sabio?
De amor y de fortuna,
Que al corazon humano
Dan sustos á la vida,
Dan á la muerte estragos,
La musa nos defiende,
Apolo nos da amparo.
Cuando Filis me ofende,
Poniendo un ceño ingrato,
Y cuando tu Dorisa
Te da un instante amargo,
¿Cuál cosa de este mundo
Pudiera libertarnos
De darnos cruda muerte
O de vivir penando,
Sino aquel desahogo
Que en la musa encontramos,
Sino aquella dulzura
Con que ella suele hablarnos?
Entónces en un verso
Dejamos mil enfados,
Y volvemos gozosos
En busca de otros tantos.
Pues de la ciega diosa
Los vaivenes aciagos,
Cuando castiga al bueno,
Cuando premia al malvado,
¿Cómo puede sufrirlos
Un corazon humano,
Sino como nosotros
Solemos tolerarlos?
Despreciando sus premios,
Su cólera burlando,
Y todo sin más armas
Que la pluma en la mano.

¿Quién es aquel que baja
Por aquella colina,
La botella en la mano,
En el rostro la risa,
De pámpanos y hiedra
La cabeza ceñida,
Cercado de zagales,
Rodeado de ninfas,
Que al són de los panderos
Dan voces de alegría,
Celebran sus hazañas,
Aplauden su venida?
Sin duda será Baco,
El padre de las viñas;
Pues no, que es el poeta
Autor de esta letrilla.

Devolviendo á dos amigos las coplas que
ellos le habian enviado, y compuesto en
una partida de campo.

Estos alegres metros
Devuelvo á vuestras manos,
Amigos de mi vida,
De Vénus y de Baco,
Con mil amargas quejas
De no haber presenciado
Los gustos de la mesa,
Los placeres del campo,
Y de que ausente y triste
No pude acompañaros,
Ya tomando la lira,
Ya tomando los vasos.
Y aunque sé que en los versos
Me venceriais ambos,
Os venciera bebiendo,
Y quedára vengado.

Vuelve, mi dulce lira,
Vuelve á tu estilo humilde,
Y deja á los Homeros
Cantar á los Aquiles.
Canta tú la cabaña
Con tonos pastoriles,
Y los épicos metros
A Virgilio no envidies.
No esperes en la córte
Gozar dias felices,
Y vuélvete á la aldea,
Que tu presencia pide.
Ya te guardan zagales,
Que con flores se visten,
Y adornan sus cabezas
Y cuellos juveniles.
Ya te esperan pastores,
Que desecos viven
De escuchar tus canciones,
Que con gusto repiten.
Y para que sus voces
A los ecos admiren,
Y repitan tus versos
Los melodiosos cisnes,
Vuelve, mi dulce lira,
Vuelve á tu tono humilde,
Y deja á los Homeros
Cantar á los Aquiles.

Á las bodas de Lesbia.

Apaga, Cupido,
Tu ligera llama,
Si enciende Himeneo
Sus antorchas sacras.
Respetá de Lesbia
La mano, ligada
A la de su dueño
Con tiernas guirnaldas,
Virtud y modestia,
Honor y constancia,
Por medio del templo
La llevan al ara.
Tus armas son pocas
Para arrebatarla
De la tropa fuerte,
Que ya la acompaña,
Y si tus intentos
A tanto llegaron,
Vencido, abatido,
Burlado quedáras,
Y nuevo trofeo
Sería tu aljaba
Del triunfo seguro
Que honor alcanzára.
No más me presentes,
Con lisonjas falsas,
Mudables cimientos
Para mi esperanza;

L. PS.-XVIII.

ANACREÓNTICAS.

Que de sus virtudes
A la luz sagrada,
Huyen las ideas
Culpables y vanas,
Como en noche oscura
Entre las montañas
El miedo al viajante
Pinta sombras várias,
Hasta que del carro
De Febo las llamas,
Esparciendo luces,
Disipan fantasmas.

Unos sabios gritaban
Sobre el sabor y nombre
Del licor que ofrecia
Ganimédes á Jové
En las celestes mesas,
Convidados los dioses,
Suspensos los luceros
Y admitados los hombres;
Y yo dije á mi Filis:
«Déjales que den voces;
El nombre nada importa,
Y del sabor, responde
Que será el que tú dejas
Cuando los labios pones
En la copa en que bebes
Los béticos licores,
Cuando contigo bebo,
Cuando conmigo comes;
Y déjales que griten
Sobre el sabor y nombre
Del licor que ofrecia
Ganimédes á Jové.»

De los amores de varios poetas.

Ovidio amó á Corina
Como Tibulo á Delia,
A su Cintia Propercio,
Y Catulo á su Lesbia,
Y á venideros siglos
Dijeron sus ternezas.
Tambien fueron amantes
Los modernos poetas;
Testigos son los nombres
Que en las frescas riberas
Del Támesis, del Tiber,
El Tajo, el Ebro y Sena
Llevan alegres nombres
De felices bellezas,
Amadas por los hijos
Del dios que en Delfos reina...
Y yo quiero á mi Filis,
Y si ellos me superan
En la dulce armonía,
Mi alma se consuela,
Porque Filis las vence
A todas en belleza,
Y lo que por mí pierdo,
Vengo á ganar por ella.

Unos pasan, amigo,
Estas noches de Enero
Junto al balcon de Clóris,
Con lluvia, nieve y hielo;
Otros la pica al hombro,
Sobre murallas puestos,
Hambrientos y desnudos,
Pero de gloria llenos;
Otros al campo raso,
Las distancias midiendo
Que hay de Vénus á Marte,
Que hay de Mercurio á Vénus;
Otros en el recinto
Del lúgubre aposento,
De Newton ó Descartes

Los libros revolviendo;
Otros contando ansiosos
Sus mal habidos pesos,
Atando y desatando
Los antiguos talegos.
Pero acá lo pasamos
Junto al rincón del fuego,
Asando unas castañas,
Ardiendo un tronco entero,
Hablando de las viñas,
Contando alegres cuentos,
Bebiendo grandes copas,
Comiendo buenos quesos;
Y á fe que de este modo
No nos importa un bledo
Cuanto enloquece á muchos,
Que serian muy cuerdos
Si hicieran en la córte
Lo que en la aldea hacemos.

Pues Baco me ha nombrado
Virey de dos provincias,
Que de todo su imperio
Son las que más estima;
Pues ya siguen las leyes
Que mis labios les dicta,
De Jerez los majuelos,
De Málaga las viñas;
Cobremos los tributos
De las uvas más ricas,
Y mis alegres sienes
Con pámpanos se ceñan,
Y salgan en mi obsequio
Las cubas más antiguas,
Y que vengan bien llenas
Y vuelvan bien vacías.
Canten mis alabanzas
Al són de las botijas,
De jarros y toneles,
Con sus voces festivas,
Zagales y zagalas
De toda Andalucía,
Y cuantos asistieron
A la última vendimia
Digan: «¡Viva el virey
Que Baco les envía!»
Y si acaso á su canto
Faltasen las letrillas,
Lo ya dicho cien veces,
Otras ciento repitan,
Y toquen las botellas
Y suenen las botijas,
Y si logro dormirme
Entre parras sombrías,
Bebiendo y escuchando
Tan dulce melodía,
¡Qué me importa que mueran,
Qué me importa que vivan
Con pobreza ó riqueza,
Con susto ó alegría,
Cuantos otros vireyes
La fortuna destina,
Los unos á la Europa,
Los otros á las Indias!

Por no sé qué capricho
Filis juró olvidarme;
Pasados pocos dias,
Hizo otra vez las paces;
Pero fué tan gustoso
Aquel feliz instante,
Que la digo mil veces:
«Filis, vuelve á olvidarme,
Con tal que á pocos dias
Vuelvas á hacer las paces.»

Me admiran en Lucinda
Aquellos ojos negros,
En Aminta los labios,
En Clóris el cabello,
La cintura de Silvia,
De Cintia el alto pecho,
La frente de Amarilis,
De Lisi el blanco cuello,
De Corina la danza
Y de Nise el acento;
Pero en tí, Filis mía,
Me encantan ojos, pelo,
Labios, cintura, frente,
Nevado cuello y pecho,
Y todo cuanto escucho
Y todo cuanto veo.

Quando vuelvo de léjos,
Hallo á Filis más linda,
Y cuando estoy presente,
Siento dejarla un día.
Vénus, haz un portento
En esta Filis mía,
Y es, que me ausente de ella
Sin perderla de vista.

Los que no saben, Baco,
Lo que abarca tu reino,
Juzgan que no pasastes
Los altos Pirineos,
Y piensan que en España
No tienes grandes templos,
Donde acudan gustosos
Los nobles y plebeyos.
Como en otros países,
Tu nombre es grato en éstos,
Sólo que con más brindis
Se hace ménos estruendo.
Las horas que en su curso
Consumen el dios de Delfos,
Con una sola copa
Gasta el bello flamenco,
Como el francés sociable
Y el alemán guerrero;
Pero los españoles
De otro modo lo hacemos,
Y como es taciturno
Y grave nuestro genio,
Bebemos y callamos,
Callamos y bebemos,
Y algunos, que desechan
Usos de antiguos tiempos,
Cantan tu nombre y beben,
Condenando el silencio.
Y tú viste á mi Filis
(Sus primorosos dedos
Sosteniendo la copa)
Cantar tu nombre en versos
Que tal vez yo compuse
Por tí y por ella á un tiempo;
Por cierto que en sus ojos
Brillaban dobles fuegos,
Con los tuyos ¡oh Baco!
Los de la bella Vénus,
Y yo, que de uno y otro
Tenía el pecho ardiendo,
Repetía las copas,
Doblaba los requiebros.
¡Pues qué! ¿yo no cantaba?
¡Qué! ¿no cantaba Ortelio,
Ausente de su Lisi,
Por no aclarados celos?
¡Pues qué! ¿no repetía
Los báquicos acentos
La sala del banquete
Con sus nocturnos ecos?
Publica, pues, al mundo
Que tienes ara y templos
Desde el Pirene attivo

Hasta el Hércúleo estrecho,
Mientras que yo publico
Tu gloria al universo
Con jerezanas cubas
Y castellanos versos.

Vivamos, dulce amigo,
Mirando con desprecio
Los aparentes gustos
De los ricos soberbios.
Dejemos que se miren
Con recíproco miedo,
Y con mutuas traiciones
Doren crudos venenos;
Que abunden en sus casas
La pompa y el recreo,
Mientras abundan sustos
Y fraudes en su pecho;
Que el vínculo reciban
De un violento himeneo,
Que privará á sus almas
De amores verdaderos.
Tengan endeblen hijos,
A quienes hagan necios
Lisonjas de criados,
Incensos de vil pueblo;
Y mueran engañados,
Gozoso el heredero,
Que quiere, más ansioso,
Quitarles hasta el tiempo.
Diga despues el mármol
A siglos venideros
Lisonjas que no creen
Los del presente tiempo,
Y esta serie precisa
A los sabios dejemos,
Para que ufanos luzcan
Sus disgustos severos,
Mientras humildes gustos,
Y por tanto más ciertos,
De nuestra corta vida
Ocupan los momentos;
Y la amistad sagrada
Hermene nuestros pechos,
Como hermanan las Musas
Nuestros gustos y versos.
En sencillos banquetes,
Que sazona el afecto,
Pase, sin ser sentido,
El carro del dios Febo,
Y prosigan los gozos,
La risa y el festejo
Hasta que vuelva Apolo
Segundo giro al cielo,
Guiándonos Cupido
A gozos más amenos,
Con Filis y Dorisa,
Que ocupan nuestros pechos,
Y sin cuidarnos mucho
De que lejanos nietos
Transmitan á los siglos
Los apellidos nuestros,
Cantando nuestras obras,
Gozosos morirémos,
Cubriendo nuestras tumbas
Los buenos compañeros
Con pámpanos de Baco
Y con mirtos de Vénus,
Y en los vecinos troncos
Grabarán un letrero,
Que diga lisamente
Cosas que merecemos,
Versos que compusimos
Y que aplaudieron ellos.
Zagales y zagalas
De los vecinos pueblos
Vendrán á nuestra tumba
Con flautas y panderos;
No con lúgubres voces
Resonarán los ecos,

Sino con dulces tonos
Y con alegres metros,
Porque sabrán, sin duda,
Los que nos conocieron
Que nunca nos llenaron
Ambiciosos deseos;
Que no fuimos traidores,
Avaros ni perversos;
Esto cantará á todos
El respetable Ortelio,
De Vénus y de Baco
Sacerdote completo,
Y con su barba cana
Y con su grave aspecto,
Beberá grandes copas,
Dirá sabrosos versos,
Captándose de todos
El amor y el respeto,
Cual entre alegres faunos
Y sátiros traviesos
Sileno fué querido,
Aquel viejo Sileno
Que fué del mismo Baco
Admirado maestro.
Y despues que consuman
Los que al templo vinieron
La leche blanca y fria,
El vino tinto y viejo,
Se volverán cantando,
Así como vinieron,
Hasta que, doce meses
Pasados, vuelva al puesto
Con igual comitiva
Y con igual afecto
Ortelio, y que repita
A ninfas y mancebos:
«Cantad; que de Dalmiro
Y Moratin los cuerpos
En esta tumba yacen.
Detente, pasajero;
Que aquí yacen los hijos
Del muy suave Anacreón.»

Despues de haber bebido
Anoche (como suelo),
Dormido en tiernas parras,
Tuve un gustoso sueño.
Soñé que el gran dios Baco,
Por dilatar su imperio,
Al Parnaso queria
Ganar á sangre y fuego.
Cierta queja alegaba
De que Virgilio, Homero,
Taso, Milton y Ercilla
No le ofrecen sus versos,
Del todo dedicados
A poemas guerreros
De elevados asuntos
Y de pomposos metros.
Juntó de sus bacantes
Muchos trozos soberbios,
Que esgrimirán sus tirios
Al són de sus panderos,
Y llenas de aquel jugo
Que en Málaga han dispuesto
Las manos de las ninfas
De aquel bello terreno,
Ya daban fieros gritos
Y amenazas al eco,
Y con forzadas danzas
Disponían los cuerpos.
Rodeado de faunos,
Y el viejo Sileno,
Para más animarlos
Con su rostro y acento.
Dijo del dios del vino
Los animosos hechos,
Cuando triunfó del Indo
Con sus armas y estruendo,
Y á cada verso suyo

Ardia en nuevo fuego
La tropa, deseosa
De algun nuevo trofeo.
Del mismo dios el carro
Llegó al campo ligero;
Tiraban de él dos tigres
Ferozes y sangrientos.
A la falda del monte
Con furia acometieron,
Pero salió al camino
El anciano Anacreón,
Y mirándole Baco,
Detuvo á sus guerreros
Y les dijo: «Por éste
A todos perdonemos»;
Y en alabanza suya
Cantó coplas el viejo,
Y todos le abrazaron
Y cantando se fueron.

Á la muerte de Filis.

En lúgubres cipreses
He visto convertidos
Los pámpanos de Baco,
Y de Vénus los mirtos;
Cual ronca voz del cuervo,
Hiere mi triste oído
El siempre dulce tono
Del tierno jilguerillo;
Ni murmura el arroyo
Con delicioso trino;
Resuena cual peñasco
Con olas combatido.
En vez de los corderos
De los montes vecinos,
Rebaños de leones
Bajar con furia he visto;
Del sol y de la luna
Los carros fugitivos
Esparcen negras sombras
Mientras dura su giro;
Las pastoriles flautas,
Que tañen mis amigos,
Resuenan como truenos
Del que reina en Olimpo.
Pues Baco, Vénus, aves,
Arroyos, pastorcillos,
Sol, luna, todos juntos
Miradme compasivos,
Y á la ninfa que amaba
El infeliz Narciso,
Mandad que diga al orbe
La pena de Dalmiro.

Lamentos con motivo de la muerte de Filis.

*Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!*

GLOSA.

¡Oh musa! (si acaso
La hay tan infeliz,
Que esté destinada
Para presidir
El llanto y gemido),
Venid, infeliz
El tono más triste
Que se pueda oír.
*Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!*
Desde estos mis brazos,
En que yo la vi
En dias alegres
Mirarme y reír,
La muerte alevosa,
Con sorpresa vil,
Cortó de su vida
El hilo sutil.
*Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!*

COMPOSICIONES VARIAS.

Los labios, muriendo,
Procuraba abrir,
Para despedirse
Sin duda de mí;
Pero se secaron
Sin poder servir,
Cual rosa que muere,
Pasado su Abril.
*Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!*

Lo que no pudieron
Sus labios decir,
Quisieron sus ojos,
Volviéndose á mí;
Pero en aquel punto
Cerrarse los vi,
Y yo sólo pude,
Turbado, decir:
*Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!*

De su fino pecho
El blanco marfil
En pálida cera
Convertirse vi,
Y en tristes colores
Aquel carmesí,
Que de otras bellezas
Envidiado vi.
*Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!*

Decidme, deidades
Tiranias, decid,
Sin la que fué mi alma
¿Cómo he de vivir?
La molesta vida
Que me consentis,
Despues de su muerte,
Gastaré en decir:
*Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!*

Si vuestros rigores
Podeis convertir
En lástimas justas,
Mis quejas oíd,
Y cual otro Enéas,
Que baje sufrid
Con la sacra rama
Al campo feliz.
*Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!*

De mi amada prenda
La sombra sutil
Podré con mis brazos...
Mas ¡necio de mí!
Su sombra queria
Con el brazo asir,
Cual si fuera cuerpo.
¡Ay qué frenesí!
*Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!*

Cervero, Aqueronte,
Las furias en mí
No pondrán asombro.
Mi voz infeliz
Ablandará á todos
Si me oyen decir:
*Mi Filis ha muerto,
¡Ay triste de mí!*

Sobre las *Noches lúgubres* que he compuesto
con motivo de la muerte de Filis, imitando
el estilo y los pensamientos de tristeza
de las que compuso en inglés el doctor
Young.

De la muerte de Filis
Tres noches he compuesto,
Tan tristes, que con nada
Comparártelo puedo...
Mas si que son tan tristes
Como gustosas fueron

Las que pasamos juntos
Mientras vivió mi dueño...

CUARTETAS.

Sencillas ponderaciones de un pastor
á su pastora.

De este modo ponderaba
Un inocente pastor
A la ninfa á quien amaba
La eficacia de su amor:
«¿Ves cuántas flores al prado
La primavera prestó?
Pues mira, dueño adorado,
Más veces te quiero yo.
»¿Ves cuánta arena dorada
Tajo en sus aguas llevó?
Pues mira, Filis amada,
Más veces te quiero yo.
»¿Ves al salir de la aurora
Cuánta avecilla cantó?
Pues mira, hermosa pastora,
Más veces te quiero yo.
»¿Ves la nieve derretida
Cuánto arroyuelo formó?
Pues mira, bien de mi vida,
Más veces te quiero yo.
»¿Ves cuánta abeja industriosa
De esa colmena salió?
Pues mira, ingrata y hermosa,
Más veces te quiero yo.
»¿Ves cuántas gracias la mano
De las deidades te dió?
Pues mira, dueño tirano,
Más veces te quiero yo.»

Cancion de un patriota retirado á su aldea.

Para defensa suya
Produce nuestra España
Los caballos del Bétis
Y el fierro de Cantabria,
Y sangre antigua goda,
Que ansiosa se derrama
Si su patria lo pide
Y si su rey lo manda;
Y para su regalo
La fruta delicada,
Pescados de sus costas,
Que entrambos mares bañan,
Y tesoros de Baco
En Málaga y Peralta,
En Jerez y Tudela
Y en la vecina Mancha;
Pues ea, amigos míos,
Mientras quieren las altas
Deidades, protectoras
De la feliz España,
Darnos la paz tranquila
Que gozan las labranzas,
Las viñas y los huertos,
Los rebaños y casas,
Vivamos y gocemos
Cuanto con mano franca
Nos da naturaleza,
En los otros avara.
Venid, venid alegres,
Zagales y zagalas,
Con castañuelas, tiples,
Panderos y guitarras;
Llegaos á mi choza,
Humilde, pero grata,
Donde faltan adornos,
Pero gustos no faltan.
De este lado los chicos,
Y de éste las muchachas,
Y aquí, junto á mi puerta,
Los ancianos y ancianas

Lloren de gozo viendo
A sus proles amadas.
Cantad alegres sonas,
Bailad alegres danzas,
Mientras que se disponen
Las rústicas viandas,
Y del vino más rico
Veinte botas se saquen;
Jamones de Galicia,
Cecina de Vizcaya,
Olivas de Sevilla,
Y de Aragón manzanas.
Cantad antiguas letras,
Sin justicia olvidadas,
Como á vuestras abuelas
Las suyas las cantaban.
Decid cómo Rodrigo,
El último monarca,
Pero el más infelice
De la goda prosapia,
Se perdió por amores
De la malvada Cava,
Y á manos de africanos
Dejó perdida España,
Quedando en cautiverio
Sus provincias cuitadas.
Decid cómo Pelayo
Salió de las montañas
Con la gente que tuvo,
Que era poca y honrada.
Cantad de don Alfonso,
A quien el Casto llaman,
Y que negó el tributo
De niñas desgraciadas,
Que al malvado rey moro
Los cristianos pagaban.
Decid cómo ellas mismas,
Con varonil jactancia,
Al lado de los hombres
Esgrimian las armas,
Y cómo todas ellas
A los hombres llamaban
Cobardes cuando huían,
Amantes si triunfaban;
Y así por varios trozos
Los fastos de la patria
Decid con voz acorde,
Al són de vuestra danza;
Que yo también quisiera,
Si no me lo estorbáran
Lo flaco de mi cuerpo,
Los años y las canas,
Juntar con vuestros tonos
La voz de mi garganta.
Pero en medio de todos,
En esta silla blanda,
Que fué de mis abuelos,
Y á mis bisnietos pasa,
Oiré vuestras canciones
Y veré vuestras danzas,
Y al que excediere á todos
En la voz más gallarda,
En baile más airoso,
Sin ser de envidia causa,
Daré el debido premio,
Y al cielo justas gracias
Porque sobre vosotros
Tales dones derrama.
Bailad, cantad contentos,
Si dura la paz santa,
Y si Marte os turbare
Con su horrorosa saña,
Sonando sus trompetas
Y tocando sus cajas,
Dejad esos placeres
Y acudid á las armas;
Que para su defensa
Produce nuestra España
Los caballos del Bétis,
El hierro de Vizcaya

DON JOSÉ CADALSO.

Y sangre antigua goda,
Que alegre se derrama
Si su patria lo pide
Y si su Rey lo manda.

Quintillas de estilo y conceptos antiguos
sobre yerros amorosos.

Los yerros que una pasión
Face sopitañamente
No son yerros, fierros son,
Que aferrojan á la mente,
Esclava del corazón.

De la misma guisa al duro
Saben prender como al blando,
Ca su temple es tan seguro,
Que se va proporcionando
Sandío al sandío, puro al puro.

Ligazon tan apretada
Non desfaze la razón
Nin demedra contra él nada,
Sinon de tiempo la acción
Con lima sorda y tapada.

É solo el tiempo es asaz
Forzudo de prevenirlos;
El es viejo, amor rapaz;
Ansi sabe bien asirlos
Por su fermentada faz.

VERSOS PARA VÁRIAS ESTAMPAS
QUE REPRESENTAN LOS PRINCIPALES
AMORES DE LA FÁBULA.

Jove introduciéndose en la torre de Danae,
convertido en lluvia de oro.

Una vez Jove intentó
Una conquista imposible,
El oro la hizo factible;
Mil Joves conozco yo.

Boda de Venus con Vulcano, asistiendo Marte
con los demas dioses al banquete.

Venus alegre y mocita,
Vulcano viejo y celoso,
Marte amigo del esposo,
Ay qué boda tan bonital

El Juicio de París, que da la preferencia
á Venus sobre Minerva y Juno.

A Venus el premio diste,
Y el buen gusto lo aprobó;
También te lo apruebo yo,
Pues con las diosas que viste
Mi diosa no concurrió.

Enéas encuentra á su esposa Creusa en los
Campos Eliseos, habiéndola perdido en la
noche que salió de Troya.

Cuando me hubiste perdido,
¿Los dioses no me vengaron?
Sí, que al punto pronunciaron:
«La mujer pierda al marido»;
Y obedecidos quedaron.

Medea despues de haber facilitado á Jason la
conquista del vellocino por medio de sus
encantos.

Medea á Jason decia:
«¿Habrás quien más diestro sea
En mágica hechicería?»
Y Jason le respondia:
«Yo, que te hechicé, Medea.»

EPIGRAMAS.

I.

A un cuadro en que se ven Júpiter, Neptuno
y Pluton con sus atributos, y Cupido vo-
lando más arriba.

Ufanos con el gobierno
Del infierno, cielo y mar,

Los tres dioses no han de estar;
Amor, con ser niño tierno,
A los tres sabe mandar.

II.

Sobre otro asunto.

En la cabeza le dió
Un palo Juan á Gines;
¿Y rompióselo? Al revés,
El palo se le rompió.
Gines era aragones.

EPITAFIOS

PARA PONER SOBRE LAS SEPULTU-
RAS DE VARIOS AMANTES.

I.

De una mujer que murió de pura constancia.

Sólo murió de constante
La que está bajo esta losa;
Acérrate, caminante,
Pues no murió tal amante
De enfermedad contagiosa.

II.

Al mismo asunto.

Tan al fénix parecida
Es la constante mujer,
Que si no vuelve á nacer
De su tumba, está perdida
La fineza en el querer.

III.

De un marido celoso.

Este difunto era esposo,
Y los celos le mataron;
De ejemplar tan horroroso
Los demas escarmentaron,
Pues ya ninguno es celoso.

IV.

De uno que murió porque no logró casarse
con quien queria.

El que está aquí sepultado,
Porque no logró casarse
Murió, de pena acabado;
Otros mueren de acordarse
De que ya los han casado.

V.

De un filósofo que murió desesperado porque
la filosofía no le libertaba del amor.

Porque su filosofía
Contra el amor no bastó,
Este sabio se murió;
Dijo una que esto leia:
«¡No soy filósofa yo!»

VI.

De un amante tímido.

Viajante, te has de parar
Y mirar la sepultura
De uno que supó olvidar;
Que aquel que no se aventura,
Nunca pasará la mar.

VII.

De una vieja que murió de amores.

Una vieja ha fallecido
De amor, y aquí se enterró;
Considere el advertido,
Si enamorada murió,
Qué tal habria vivido.

DON JOSÉ MARÍA VACA DE GUZMAN
Y MANRIQUE.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Doctor en ambos derechos, del gremio y claustro de la universidad de Alcalá, colegial por derecho de familia, llegó á ser rector perpétuo del colegio de Santiago de los Caballeros Manriques de Alcalá. Su mayor título de gloria es el canto épico titulado *Las naves de Cortés destruidas* (1). Fué premiado este canto por la Academia Española, en la junta que celebró el 13 de Agosto de 1778. Su incontestable mérito le granjeó el aplauso de nacionales y extranjeros. El *Journal de la Littérature* tributó grandes alabanzas á esta obra poética, que fué traducida en frances por monsieur Mollien, abogado del Parlamento de Paris.

«El editor del canto de don Nicolas Fernandez Moratin sobre el mismo asunto, dice Sempere, dió á éste la preferencia, con cuyo motivo publicó el señor VACA sus *Advertencias sobre el canto de Las naves de Cortés destruidas.*»

En 1789 imprimió VACA DE GUZMAN SUS *Obras* en tres tomos, dedicándolas á la reina doña Luisa de Borbon. Contiene esta edicion, entre otras muchas poesias, el romance endecasilabo *Granada rendida*, premiado tambien por la Academia Española, en 1779, y *El Columbano*, égloga que alcanzó cierta fama, y fué impresa, con el seudónimo de don Miguel Cobo Mogollon, en 1784.

Encubierto con este mismo seudónimo publicó tres cartas literarias, y con el de don José Rodríguez Cerezo otra carta contra algunos «que habian intentado desacreditar sus poesias.» Así estas cartas como las *Advertencias sobre el canto de Las naves de Cortés* están comprendidas en la edicion de 1789.

Son muy escasas nuestras noticias acerca de la vida de VACA DE GUZMAN. Puede inferirse de sus propios versos que estudió en Alcalá de Henares, y pasó de allí á Andalucía con un cargo en la magistratura:

Elfino (2), que de Henares
Dejando las riberas,
Al golfo gaditano
Llamado fué de Astrea...

Tambien puede creerse que fué natural de Sevilla y que pasó allí una parte de su juventud, á juzgar por los siguientes versos de la *Vida de San Leandro*:

Si el natural afecto
O el dulce amor que imprime
La patria en corazones
Preciados de sensibles,
En facundia del labio
Se trocára, y difícil
No fuera tanta empresa
De lira tan humilde,

Del sevillano reino
Sonára en los confines
Mi voz, engrandeciendo
Sus singulares timbres.
Metrópoli opulenta,
¿Cómo es posible olvide
Tu suelo, en que corrieron
Mis años juveniles?

En 1789 era del Consejo de su Majestad y Ministro del Crimen de la Real Audiencia de Cataluña.

L. A. DE CUETO.

(1) La BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES publicó ya este poema en el tomo XXIX.

(2) Seudónimo poético de VACA DE GUZMAN.
(Notas del Colector.)